

HIJAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

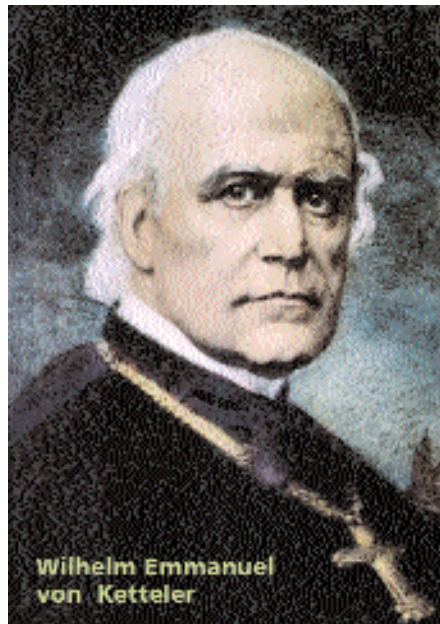
Sorprendiendo al mundo con continuas *respuestas de amor*

Las Hijas de la Divina Providencia somos una congregación religiosa joven, con religiosas jóvenes y con una tarea misionera no tan joven: el anuncio del Evangelio y el servicio al prójimo, como Jesús nos pidió.

Nacimos en el Perú. Seguramente no suene mucho la existencia de congregaciones que han tenido sus orígenes en países de misión, pero lo cierto es que ya han ido surgiendo algunas, y una de ellas somos nosotras. ¿Cuántos años tenemos de fundación? Tan solo seis. ¿Y cuántas somos? Pues cerca de 60 hermanas, la mayoría jóvenes peruanas, una alemana y una española, que un día se plantearon hacer de su vida algo diferente y lleno de sentido.

Los orígenes

Pero no hay que pensar que venimos de la nada, ni que hemos crecido tanto en tan poco tiempo; la historia de nuestros orígenes viene de hace 160 años atrás, cuando **Wilhelm Emmanuel von Ketteler** (1811-1877), un hombre de la aristocracia alemana, de mucho carácter y muy buena formación, se dio cuenta de que las cosas no marchaban bien y de que su trabajo como abogado del Estado no le daba paz. Es esta búsqueda de sentido a su vida la que le llevará a llegar a ser el obispo de Mainz (Alemania) y “el obispo social de la Iglesia”. Al ver la necesi-



Wilhelm Emmanuel von Ketteler



Madre Maria

dad de la nueva clase social obrera y el abandono y pobreza de la gente del campo, inicia la creación de una congregación para la atención de estas personas necesitadas en las escuelas, hospitales y orfanatos de su diócesis. En esta labor cuenta con el maravilloso apoyo de **Fanny de la Roche** (1812-1856), quien se convertirá en la Madre **María**; una noble alemana de familia hugonota (protestantes franceses de doctrina calvinista), que encontrará la fe verdadera después de un largo proceso de discernimiento, para acto seguido entregarse por completo a la vida religiosa. Ambos dieron inicio a la congregación de las Hermanas de la Divina Providencia en 1851, de las que provenimos nosotras, las Hijas de la Divina Providencia, co-

mo resultado de una renovación del carisma originario.

Si nuestros orígenes están en el Perú y la mayoría de las hermanas son peruanas, la mayor parte de nuestros apostolados se realiza también en el país andino, donde trabajamos en las diócesis de Abancay, Cuzco, Ica, Chiclayo, Chuquibambas y Cañete, con una fuerte labor misionera. Y, como todo tiene su centro, el de nuestros apostolados se halla en Abancay, ciudad y capital del departamento o región de Apurímac, en plenos Andes peruanos. En esta ciudad tenemos a nuestra general y la casa de formación, el corazón de nuestra familia religiosa, pues es ahí donde todas hemos nacido a una vida de amistad con Jesús y donde aprende-

► mos el servicio a nuestra familia religiosa y al prójimo.

Las hermanas en formación se inician a la profesión y vivencia de los votos de pobreza, castidad y obediencia, según el carisma propio, por medio de varias etapas, siendo candidatas, postulantes, novicias canónicas y novicias



de segundo año. Durante los cinco años de formación inicial a la vida religiosa, las hermanas deben adquirir también una preparación integral que conlleva la realización de estudios pedagógicos para poder ofrecer a la Iglesia y a la sociedad nuevas formas de evangelización. Las cerca de 30 formandas actuales deben, al mismo tiempo, aprender a compenetrar la vida de oración y las actividades y exigencias propias de la comunidad con el apostolado encargado; realidad que solo puede llegar a comprenderse y asimilarse en el ámbito de la propia vocación. Conscientes de que la vocación religiosa es, ante todo, una predilección del Señor, que nos elige, no por nuestras virtudes y méritos, sino para sorprender al mundo de lo que es capaz de hacer con tan pobres instrumentos.

Nos vemos impulsadas a ofrecer una respuesta continua ante las maravillas del amor de Dios, y este mismo amor es el que debemos mostrar en la sociedad.

El apostolado

El centro de nuestro apostolado se desarrolla, pues, en Abancay. El orfanato “Casa de la Divina Providencia”, con 70 menores; el hogar “Santa María”, con 50 menores; la atención al obispado, seminario y casa sacerdotal; la catequesis de niños y adultos; el trabajo para el sostenimiento; la enseñanza en escuelas; la dirección de un jardín de preescolar con 190 niños y niñas... constituyen el pan de cada día en nuestro compromiso evangélico con Cristo y la Iglesia. En la misma ciudad nos dedicamos también a la promoción de la mujer, motor de los

hogares peruanos, con programas de alfabetización, costura y cocina, y atendemos casas de ejercicios espirituales y la dirección de los estudios de educación católica en las escuelas públicas.

En la misma diócesis de Abancay, en la comunidad de Huanca Rama, las religiosas llevamos adelante el hogar “María Goretti”, con 50 menores provenientes de pueblos alejados, sin el cual tendrían menos acceso a la educación. También nos ocupamos de la enseñanza de educación religiosa en dos escuelas, la labor catequética parroquial, las misiones y la participación en la adoración nocturna que se realiza en pueblos alejados donde no existen iglesias, con la vivencia y práctica de los sacramentos y el rezo y canto en el idioma quechua. Y en Chalhuanca, otra localidad rodeada de pequeños pueblos, hacemos una labor similar, exceptuando el hogar de menores e incluyendo el trabajo de promoción de la mujer.

Todos hemos oído hablar de Cuzco, la ciudad más importante de Sudamérica, donde las piedras hablan y muestran su gloria; pues allí mismo tenemos una comunidad que realiza labores parroquiales y catequéticas, en el campo de



la salud y en la dirección de un colegio. La misma comunidad vela por las jóvenes del orfanato de Abancay que han culminado el colegio y necesitan continuar sus estudios superiores. En Ocoña, perteneciente a la prelatura de Chuquibambas, trabajamos en campos similares: parroquia, catequesis, enseñanza, misiones...; así como en Lambayeque, de la diócesis de Chiclayo, al norte del Perú, y como haremos también en la localidad de Palpa, donde iniciaremos nuestra labor en enero de 2013. Y cerca de Lima, la capital del Perú, tenemos dos centros de apostolado donde las religiosas realizan una intensa labor. En Imperial vive una comunidad de cinco religiosas que atienden un nido-preescolar de 170 menores, de entre 0 y 6 años, provenientes de hogares de extrema pobreza, sin el cual las madres de familia deberían llevar en sus espaldas a los pequeños al ir a trabajar en los campos como jornaleras; también nos ocupamos de la enseñanza religiosa en un colegio estatal, la atención a los enfermos en un pequeño centro de salud propio, la actividad parroquial y misionera, y, por si fuera poco, estamos iniciando un hogar de menores en

riesgo, todas ellas entre los 8 y 13 años. En Quilmaná, otra localidad cercana más pobre aún, nuestras religiosas trabajan en la enseñanza religiosa, en la parroquia, a favor de la promoción de la mujer y en las visitas domiciliarias.

Esta es una parte de nuestro apostolado en el Perú. Pero también tenemos tres comunidades en Europa: dos en España y una en Italia. En Redondela (Pontevedra) la pequeña comunidad trabaja en el ámbito parroquial y en el servicio religioso en un hospital público, y en Orense atendemos una casa de ejercicios perteneciente a la diócesis. En Roma, la Ciudad Eterna, las religiosas realizan sus estudios de espiritualidad misionera, preparándose así para la nueva evangelización en su propia tierra.

Confiamos en que el Señor escucha nuestras oraciones y esperamos que pronto se pueda abrir una casa de formación en España. Nos gustaría que las vocaciones que surjan en Europa se preparen para continuar nuestra misión en su propio ambiente sociocultural, para ser así signo del amor de Dios, de la mano de María, nuestra Madre y modelo de vida de entrega, alegría y servicio. ■

HIJAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

Respuestas a las necesidades de nuestro tiempo

Las cerca de 60 religiosas que conformamos el instituto Hijas de la Divina Providencia procuramos, con espíritu misionero, salir al encuentro de las necesidades de nuestro tiempo para afrontarlas. Como respuesta al amor de Dios y al don de la vocación religiosa, profesamos y vivimos los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Nuestro carisma nos invita a confiar plenamente en la divina Providencia y a abandonarnos en manos de Dios, seguras de que Él es quien lleva la obra y que nosotras actuamos movidas por su amor. De la mano de María, queremos seguir con fidelidad el camino de nuestra vocación de amor y servicio, especialmente entre los enfermos y los niños en estado de abandono; trabajando en los campos de la educación de las familias en la fe, la formación integral de la mujer y otros servicios de apoyo a la Iglesia y al más necesitado. ●